

Prólogo

Las configuraciones del postneoliberalismo y sus peligros en el nuevo siglo

Luis Arizmendi

En este último tiempo, América Latina ha visto desarrollarse golpes de Estado *blandos*, es decir, un nuevo tipo de golpe de Estado sostenido por la ofensiva estratégica entre el Poder Judicial y los *Mass Media* como Cuarto Poder, en diáfano contraste con los golpes del siglo xx basados en la articulación de la *manu militari* y fuerzas políticas clave dentro del Poder Legislativo. Dentro de esta coyuntura, es sumamente positivo que, desde el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, CIESPAL, se produzca una obra como esta, coordinada por Julio Peña y Lillo E. y Jorge Polo Blanco, para estimular el análisis de fondo del Estado en disputa: lo público, lo privado y lo común frente a la contraofensiva neoliberal en América Latina.

Sin duda, el ámbito de la comunicación constituye un campo crucial en la *guerra de posiciones* –para decirlo en términos gramscianos– en la definición de la cultura política contemporánea. Un complejo choque en esta guerra de posiciones está en curso entre tendencias histórico-políticas no solo divergentes, sino radicalmente contrapuestas. Lo que suceda en el campo de la comunicación y de la cultura política va a tener consecuencias de primer orden para definir el rumbo de América Latina en el siglo XXI.

Después de que América Latina se posicionó como la única región del orbe desde la cual se intentó construir una alternativa, la segunda década del siglo XXI ha sido un tiempo en el que el avance de la ultraderecha en EE.UU. y Europa ha sido visto como una oportunidad por la derecha, e incluso por la ultraderecha latinoamericanas, para desplegar una fuerte contraofensiva. En este contexto histórico, es crucial que los latinoamericanos visibilicemos el alcance del riesgo en curso: la actual contraofensiva capitalista regional desborda, con mucho, un mero retorno al “neoliberalismo”, se inserta y propulsa una peligrosa tendencia neoautoritaria. Es decir, la integración creciente hacia una configuración del capitalismo cada vez más violenta, que es la que se viene abriendo camino en la mundialización capitalista del nuevo siglo.

Capitalismo neoautoritario, en este sentido, es un término que –desarrollando el fondo crítico del concepto Estado Autoritario forjado por Max Horkheimer, uno de los teóricos centrales de la Escuela de Frankfurt– sirve para designar la conformación de una configuración del capitalismo que entrecruza creciente y peligrosamente violencia económico-anónima y violencia político-destructiva, para imponer formas ofensivas de acelerada acumulación por desposesión, no sólo de los bienes públicos, sino de los bienes comunes, y radicalizar el ejercicio del poder político del Estado.

En la América Latina de la vuelta de siglo, México se volvió la punta de la tendencia neoautoritaria a nivel regional, sobrepasando a Colombia y la grave configuración del capitalismo violento que estableció ahí la economía criminal. Esa, precisamente, es la tendencia que ahora pretende consolidarse y radicalizarse en Argentina y Brasil, y bosquejar así la posibilidad de la transición hacia un nuevo tipo de dictaduras políticas.

Como punta de la tendencia neoautoritaria regional, en México se han desplegado tres fases de acumulación por desposesión que, más que ser sucesivas, integran niveles de desposesión que, conforme van apareciendo, se sobreponen uno sobre otro, sin que el surgimiento de uno nuevo anule la existencia del anterior.

Acumulación por desposesión del salario nacional (1982-1988), acumulación por desposesión de bienes públicos y bienes comunes (1988-2006) y acumulación por desposesión impuesta por el capitalismo necropolítico y la renta criminal (2006-...), constituyen tres períodos de despliegue creciente del capitalismo neoautoritario en México.

Su alcance es de tal medida que, desde el Departamento de Estado de EE.UU. se ha insistido en que México sea el nuevo paradigma a seguir en América Latina. Lo lejos que ha llegado la acumulación por desposesión y la subordinación global en México (Arizmendi, 2017) es el espejo del peligro que la tendencia neoautoritaria anhela extender sobre América Latina.

En la década de los ochenta, pero sin dictadura militar, en México se instaló la misma pinza de poder que Videla había impuesto en Argentina. Una enorme explosión de la deuda pública se detonó cubriéndose con enormes y agresivas sustracciones al fondo del salario nacional. Cuatro décadas de desarrollo del salario mínimo nacional fueron echadas para atrás en menos de un sexenio, de suerte que la prolongada persistencia de esta forma de acumulación por desposesión ha hecho que México termine ubicándose como el capitalismo que ofrece la fuerza de trabajo más barata con las jornadas laborales más largas dentro de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). La durísima derrota de México como uno de los países más representativos en el ejercicio de la soberanía nacional en el siglo xx, lo ha convertido en uno de los países prototipo de la sobre-explotación laboral en el capitalismo del siglo xxi.

En México, la ofensiva por la privatización de las pensiones, que es una forma extrema de desposesión del salario nacional, ha sido llevada incluso más lejos de lo que logró imponer la dictadura militar de Pinochet en Chile, o los planes 401(k) en EE.UU. (Russel, 2014). Sólo para captar panorámicamente la magnitud de desposesión salarial, que es una tendencia internacional del capitalismo neoautoritario, veamos que mientras en Holanda y Argentina la tasa de reemplazo del salario (es decir, el porcentaje de salario que se percibe a partir de la

jubilación), ha sido superior al 100%, con el 65.9% como promedio de la OCDE, en EE.UU. es del 47.3% y en México del 31.5%. Y aún el capitalismo neautoritario mexicano se plantea ir más lejos.

La derrota contra las formas de resistencia por proteger el salario nacional y la expansión de la sobre-explotación con privatización de las pensiones es uno de los principales frentes de la actual contraofensiva neautoritaria, revirtiendo el postneoliberalismo en América Latina.

A partir de 1988, una nueva forma de subordinación centro/periferia se impuso en la relación de poder de EE.UU. sobre México: la subordinación global (Arizmendi, 2014a).

Producto de ser el único país del orbe que ha seguido durante tres décadas y media al pie de la letra el Consenso de Washington, México se volvió el prototipo del surgimiento de una derrota total de la soberanía nacional que caracterizó a múltiples Estados del Sur el siglo pasado. La acumulación por desposesión de todos los bienes públicos estratégicos –ya que en México la totalidad de empresas del Estado ya han sido privatizadas– además de instalar una profunda recomposición social de la clase dominante (haciendo surgir los “nuevos amos de México” sobre la agresiva monopolización privada de lo que eran enormes fuentes de riqueza nacional, como el monopolio de Telmex que lanzó a Slim como uno de los principales multimillonarios del orbe) (Zepeda, 2007) ha impuesto dos impactos históricos extremadamente agresivos que constituyen puntales del capitalismo neautoritario del siglo XXI: el surgimiento inédito de la subordinación global como nueva forma de poder en la economía mundial y la derrota de la renta natural como fuente de renta nacional.

La deuda externa operó como medio estratégico en las relaciones de poder centro/periferia. Impuso una dinámica extremadamente agresiva con la cual se transitó del pago del servicio de la deuda a través de la transferencia de enormes masas de valor derivadas de acumulación por desposesión del salario nacional, hacia insólitas formas de acumulación por desposesión basadas en la entrega de los bienes públicos y los bienes comunes al capital privado, ante todo al

capital transnacional, pero también a ciertos capitales nacionales, pero antinacionalistas.

Subordinación global es el nombre que cabe asignarle a una forma de dominio del capital privado transnacional sobre los núcleos estratégicos de la economía nacional. Al complementar redes de subordinación tecnológica de largo plazo, el capital privado domina las reservas de recursos naturales estratégicos (por principio, de petróleo y gas), la economía alimentaria y la banca. Todo lo que un Estado debe controlar para ejercer su soberanía, está controlado por el capital transnacional. Con la subordinación global, la acumulación por desposesión se impone sobre la plataforma de la estructura productiva nacional.

México pasó de ser país ejemplar en el ejercicio de la soberanía energética, a ser prototipo de la subordinación energética global sin necesidad de una invasión militar. Para dominar así las reservas petroleras de Irak, hizo falta una guerra. México cuenta con la cuarta reserva más grande de gas del mundo y con una de las reservas petroleras más importantes en aguas profundas. La contrarreforma energética “neoliberal” volvió legal la acumulación por desposesión de enormes reservas energéticas estratégicas asentadas en bienes públicos y comunes: legalizó la traición a la renta natural como fuente de renta nacional para convertirla en enorme fuente espuria, o artificial, de renta transnacional.

México pasó de ser país ejemplar en el ejercicio de la soberanía alimentaria, a ser prototipo de la subordinación alimentaria artificial. En el siglo xx, el capitalismo mexicano hizo de la soberanía alimentaria un contrapeso ante la sobre-explotación laboral: podía haber pobreza, pero no muertes por hambre. En el siglo xxi, el desfinanciamiento estratégico del campo ha impuesto una enorme subordinación a la importación de alimentos (incluso transgénicos) provenientes de EE.UU., con su concomitante alta tasa de vulnerabilidad. El país está drásticamente inserto en la geopolítica de la economía mundial alimentaria con EE.UU. como hegemon.

En México, pese al enorme rescate de la banca (el Fobaproa impacta y bloquea el desarrollo nacional por cuatro décadas), la banca

se encuentra prácticamente extranjerizada y opera como medio de duplicación de la acumulación por desposesión sobre el fondo salarial nacional. De ningún modo es banca de desarrollo, constituye una cínica forma de dominio para transferencia por deudas de crédito al consumo de enormes masas de valor, expropiadas del fondo salarial nacional hacia las sedes de los bancos extranjeros.

La subordinación global constituye una inédita forma de subordinación de corto, medio y largo plazo. Representa la victoria ejemplar de la renta tecnológica como medio de poder del capitalismo metropolitano, contra la renta natural como fuente de resistencia de la renta nacional en los Estados de las periferias.

Insaciable en la búsqueda de más fuentes de ganancias extraordinarias sobre la sobre-explotación laboral y la conversión espuria de la renta natural en renta transnacional, el capitalismo neoautoritario en México ha impuesto una forma extremadamente decadente de acumulación por desposesión: el capitalismo necropolítico. Hacer uso y abuso de la política de muerte como fundamento de violentas y aceleradas formas de acumulación por desposesión, ha desembocado en la multiplicación de diversas fuentes de un nuevo tipo de renta: la renta criminal.

Tributo por circulación de drogas, tributo por circulación de personas, tributo por venta o producción de mercancías en negocios instalados, tributo por casa habitación, tributo por secuestros, tributo por mercado negro de armas, de bebés, de órganos y trata de personas (incluidas niñas y niños, además de mujeres), integran un amplio abanico de fuentes de renta criminal basadas en violencia político-destructiva y acumulación por desposesión decadente (Arizmendi, 2014b).

Todas estas formas de acumulación por desposesión no son simplemente fases, conforman pisos estructurales del capitalismo neoautoritario que se ha impuesto como tragedia en el México del nuevo siglo.

La tendencia neoautoritaria pretende expandir su violenta configuración hacia América Latina. Sin embargo, en la vuelta de siglo, América Latina fue la única región en la mundialización capitalista que

hizo frente a la tendencia neoautoritaria y resistió haciendo emerger una prometedoras tendencia postneoliberal.

En historia política no existen destinos: el llamado “fin del ciclo progresista” es una ilusión (García Linera, 2016). Intenta confundir, en la guerra de posiciones en el campo de la cultura política, al proyectar como resultado ineluctable, lo que es choque histórico en curso: la tendencia neoautoritaria está a la contraofensiva, pero la tendencia postneoliberal enfrenta nuevos y complejos desafíos que la convocan a renovarse y profundizarse.

El término postneoliberalismo, forjado por Emir Sader para darle nombre y unidad a los procesos de construcción de alternativas en varios países de nuestra región, en contraste con la suposición ilusoria de un desenlace definido de antemano –como lo formulaba la expresión “Socialismo del siglo *xxi*”– reconoce que la historia de la transformación social está abierta a complejos retos y desafíos. Como su nombre lo indica, postneoliberalismo es un término que sólo se remite a una reconfiguración del Estado y del régimen político posterior al neoliberalismo. Lo que implica que el desenlace está por definirse, sin estar determinado *a priori*, en función del *rapport de forces* de la profunda lucha de las tendencias históricas en curso.

Si avanzamos en su caracterización, podríamos decir que en la primera década del nuevo siglo se identifica la presencia de tres configuraciones disímiles del postneoliberalismo: los Estados de postneoliberalismo ambiguo, los Estados de postneoliberalismo circunscrito o limitado, y los Estados específicamente postneoliberales.

Por principio, a todos los caracterizó, aunque con muy diversos marcos de acción, el proyecto de emplear la renta natural como fuente de renta nacional y la resistencia contrahegemónica ante las relaciones de poder de la economía planetaria.

Los Estados de postneoliberalismo ambiguo fueron aquellos en donde una línea de acción postneoliberal intentó propulsarse, a la vez que otra línea de acción neoliberal nunca dejó de estar presente. Estos fueron, ante todo, Estados como Guatemala, El Salvador, Haití y

Honduras. Por su debilidad geopolítica en la correlación internacional de fuerzas, en este bloque geohistórico sucedieron los primeros golpes de Estado contra el postneoliberalismo.

Los *Estados de postneoliberalismo circunscrito o limitado* fueron aquellos en los que el Estado desplegó cierta función de contrapeso ante la ofensiva de la acumulación capitalista sobre el proceso de reproducción social-nacional, pero su relativa tendencia contrahegémica nunca estuvo vinculada a una tendencia anticapitalista. Estos fueron los casos de Brasil y Argentina, donde, después de su derrota, la contraofensiva neoautoritaria está avanzando amenazadoramente hacia un nuevo tipo de dictadura política como dictadura civil.

Los Estados específicamente postneoliberales, podría decirse, son aquellos en los cuales se ha desplegado una tendencia contrahegémica real ante EE.UU., en el marco de una relación conflictiva con la presencia relevante de una tendencia anticapitalista. Estos son a todas luces Ecuador, Venezuela y Bolivia.

Después de los fallidos intentos de golpes de Estado contra Hugo Chávez en Venezuela en 2002 y antes del intento contra Evo Morales en Bolivia en 2008, en Haití se desplegó un *coup d'état* convencional en ofensiva contra Jean-Bertrand Aristide, con base en un comando de Fuerzas Especiales de EE.UU. y apoyo de Francia, en 2004. Antes del fallido golpe contra Rafael Correa en Ecuador en 2010, se concretó en Honduras un *golpe de Estado lavado* (porque después de realizarlo se efectuaron elecciones) contra Manuel Zelaya, en 2009. Así, transitamos al nuevo tipo de golpes de Estado, con la alianza estratégica entre los *Mass Media* como Cuarto Poder y el Poder Judicial, a partir del ataque a Fernando Lugo, en Paraguay en 2012, seguido por el golpe contra Dilma Rousseff, en Brasil en 2016.

Los medios masivos de comunicación han jugado un papel clave en la ofensiva de los nuevos tipos de golpes de Estado. Primero, contra el Poder Ejecutivo en Estados de postneoliberalismo ambiguo, luego en los Estados de postneoliberalismo limitado; ahora contra Venezuela, en el escenario de los Estados específicamente postneoliberales.

El capitalismo neoliberal nunca ha significado la transición a la democracia. Contra la amnesia propagada bajo el mito de la transición neoliberal a la democracia, es decisivo no olvidar: el “neoliberalismo” se lanzó a nivel mundial desde América Latina a partir del golpe de Estado de Pinochet en Chile. La tendencia neoautoritaria siempre ha estado contra *demos* (el pueblo) como un auténtico *kratos* (como una autoridad política real). Los nuevos tipos de golpe de Estado blandos y lavados requieren de los *Mass Media* como fuerza estratégica de subsunción real capitalista de la cultura política latinoamericana.

La tendencia neoautoritaria es consciente de que no va a lograr imponerse y preponderar sin intervenir la cultura política en los Estados postneoliberales. En los medios de comunicación de la derecha, la guerra de posiciones no se juega como una mera manipulación ideológica de las masas. Se proyecta la producción de una complicidad histórico-material trágica pero efectiva: la conformación de un expandible ethos realista xenofóbico. La política neoautoritaria sobre la multitud apunta a producir un nuevo tipo de masa: la masa xenofóbica que rechaza el postneoliberalismo porque repudia la canalización de la renta natural como fuente de renta para toda la nación, o todas las nacionalidades integradas a un mismo Estado.

Asumir que la promesa del progreso económico y político para todos ha ingresado en un colapso irreversible, que los mejorados niveles de vida para la nueva clase media sólo persistirán si se abandona la veleidad de pretender generalizarlos, es la perspectiva a la cual la tendencia neoautoritaria empieza a apostar para generar una grave regresión ahí donde la cultura postneoliberal logró avances efectivos.

El proyecto de dominio neoautoritario de los recursos naturales estratégicos de América Latina en favor del capital transnacional y también del capital privado nacional, pero antinacionalista, no se abrirá paso sin cooptar a ciertos conjuntos reaccionarios de la sociedad nacional. Un desgarramiento xenofóbico al interior de los dominados modernos es condición esencial para que el capitalismo neoautoritario consiga avanzar en América Latina.

Es muy claro que, en Brasil y en Argentina, la cultura neoautoritaria apunta a modificar las relaciones de fuerzas, promoviendo la cultura xenofóbica como arma. Esta tendencia histórica intenta sintonzar América Latina con el neoautoritarismo que está creciendo en Europa y EE.UU.

Los Estados específicamente postneoliberales constituyen un espacio geo-histórico donde la tendencia neoautoritaria enfrenta una de sus resistencias históricas mayores.

Los elevados y frecuentes ascensos del salario nacional han sido fundamentales para que la ultraderecha no consiga cooptar a la multitud en Venezuela. El Estado específicamente postneoliberal con la mayor reserva petrolera del orbe, se niega a que la renta natural deje de estar al servicio de la renta nacional. Pero esa reserva fosilista y su correspondiente conversión en renta transnacional espuria jugaría un papel clave en la disputa estadounidense por la hegemonía mundial. De ahí la profundidad del choque entre la tendencia postneoliberal y el neoautoritarismo en Venezuela.

Bolivia representa el Estado específicamente postneoliberal donde la convergencia que el Che vislumbró de la lucha antirracista, la lucha anti-imperialista y la lucha anticapitalista, ha permitido edificar un prometedor Estado plurinacional, del que ha emergido quizás la Constitución más avanzada en la historia del capitalismo. La articulación creciente del ejercicio de la soberanía nacional y la autogestión de los consejos indígenas es su gran reto histórico. La canalización estratégica de la renta natural al servicio de la renta y el desarrollo nacionales, tiene a Bolivia, uno de los Estados más pobres de América Latina, posicionado como el país con el mayor crecimiento económico durante más de una década en toda la región: ningún otro Estado cuenta con un crecimiento promedio regular superior al 4%.

El hecho de que Ecuador no firmara un TLC con EE.UU., lo llevó por un camino muy diferente a la subordinación global de México. Sus avances para canalizar la renta natural hacia el desarrollo tecnológico y económico nacional son germinales, pero indudablemente efectivos.

La lucha contra la tendencia neautoritaria requiere ser vista a nivel mundial. Si esa tendencia consigue avanzar, Sudamérica tendrá en México el lamentable espejo de un porvenir. No hay destinos, hay encrucijadas.

En el tiempo de encrucijada en el que estamos, el gran desafío que enfrentan los Estados específicamente postneoliberales reside en cerrarle paso tanto al poder mediático neautoritario, como a las divisiones y la cultura xenofóbicas. La lucha contra la tendencia neautoritaria los pone en el reto de superar la polarización y construir nuevos pactos entre los movimientos estadocéntricos y los movimientos autogestivos. De la existencia o inexistencia de esos pactos dependerá mucho el desenlace del actual tiempo de encrucijada para el postneoliberalismo.

Sin la menor duda, la historia de Venezuela, Ecuador y Bolivia y sus desenlaces tendrá impactos de primer orden para la historia de América Latina y del mundo en las próximas décadas del siglo XXI.

Por esas contribuciones, para proyectar el debate internacional sobre los bienes públicos y los bienes comunes como fundamento para alianzas amplias y contrahegemónicas, bienvenido el *Estado en disputa: lo público, lo privado y lo común frente a la contraofensiva neoliberal en América Latina*, coordinado por Julio Peña y Lillo E. y Jorge Polo Blanco. Es sumamente fértil la función contrahegemónica que, en el ámbito de la comunicación alternativa, cumple CIESPAL para contribuir a edificar una nueva América Latina.

Referencias bibliográficas

- Arizmendi, L. (2014a) América Latina en el marco de la crisis epocal del capitalismo. *Búsqueda* (4), 31-42. Recuperado de: <http://bit.ly/2yU8eQB>
- Arizmendi, L. (2014b) Capitalismo necropolítico y Ayotzinapa. *Rebelión*. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=192555>
- Arizmendi, L. (2017) *Acumulación por desposesión y disyuntivas del Estado y del derecho en México*. México: CEIICH, UNAM. Recuperado de: <https://www.arizmendiluis.com/conferencias>
- Beinstein, J. (2017) Viaje de ida. Argentina: la instalación de la dictadura mafiosa. *La página de Jorge Beinstein*. Recuperado de: <https://beinstein.lahaine.org/viaje-de-ida-argentina-la-instalacion>
- García Linera, Á. (2016). ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias? En E. Sader, *Las vías abiertas de América Latina*. Quito: IAEN.
- Russell, W. J. (2014) La expropiación capitalista de los ahorros de jubilación en América Latina y EU. *Mundo Siglo XXI* (32), 25-31. Recuperado de: <http://www.mundosigloXXI.ipn.mx/pdf/v09/32/02.pdf>
- Zepeda Patterson, J. (2007). *Los amos de México*. México: Temas de hoy.